

### CONFESION DE LOS MORISCOS <sup>(a)</sup>.

Yo picador, macho herrado, macho galopeado, me confieso á Dios bardadero y á soneta María tampoco y al bien trobado san Miguelecajo y al bien trobado san Sanchez Batista, y á los sonetos apóstatas san Perro y san Palo, y á vos padre espertual, daca la culpa, toma

(a) Poco ántes de la expulsion eran blanco picaresco de los poetas los solecismos y barbarismos que cometían aquellos miserables restos de los árabes.

la culpa. Vuélvome á confesiar á todos estos que quedan aqui detrás, y á vos padre espertual, que estás en lugar de Dios, me déis pestilencia de mis pescados, y me sorbais dellos, amén Jesus.

Si no determinase el códice de Salazar haberse este juguetillo escrito ántes de 1610, el contexto suyo no dejaría la menor duda acerca de la época.

### GRACIAS Y DESGRACIAS DEL OJO DEL CULO.

DIRIGIDAS A DOÑA JUANA MUCHA, MONTON DE CARNE, MUJER GORDA POR ARROBAS.

ESCRIBIOLAS JUAN ..... (a).

Quien tanto se precia de servidor de vuestra merced,

(a) Escritas en Madrid á 3 de mayo de 1620 (t). El testimonio del malhadadamente célebre fray Luis de Aliaga y del Tribunal de la justa venganza, página 23, no dejan la menor duda acerca del autor de este opúsculo, rico en discreciones y saludísimos chistes, pero desvergonzado y sucio sobre todo encarecimiento.

De no darle cabida en nuestra coleccion (como jamás la tendrá en ninguna que aspire á merecer el aprecio del público) su solo título nos justifica.

Por los años de 1626 al escribir el padre Aliaga su *Venganza de*

(t) Así consta del ejemplar más antiguo de que tengo noticia: *Décimaséptima parte de las Misceláneas y Papeles curiosos manuscritos de don Juan Antonio de Valencia Idiaguez, regidor perpetuo de la ciudad de Salamanca, año de 1662.*

Vino luego este libro á poder de don Fernando de Moscoso, y de allí á la librería del conde de Saceda.

¿que le podrá ofrecer sino cosas de ..... etc.

la lengua española contra el autor del *Cuento de cuentos*, censuró con su acostumbrada saña haber el señor de Juan Abad comunicado en papeles á los ojos del mundo su inmundicia obrilla de las *Excepciones y desgracias del culo*; pero estimó el no esperado recato con que la detenía entre sus borrones, sin reproducirla por medio de la prensa.

No quiso deber QUEVEDO alabanza ninguna al desterrado y mezquino confesor de Felipe III, y en dos pliegos de impresion, sin año ni lugar, dió á la estampa anónimo su discurso; ejemplares que son rarísimos hoy.

De ellos existe uno en la biblioteca Nacional, y tambien tres copias manuscritas con variantes notables.

Una muy antigua, que fué de don Luis de Salazar y Castro, posee la biblioteca de las Cortes.

Otra me ha facilitado el señor Duran, de códice que perteneció al conde de Saceda.

### VIA DE LOS DESENFADOS Y JUGUETES.

## HISTORIA

DE LA

# VIDA DEL BUSCON LLAMADO DON PABLOS,

EJEMPLO DE VAGAMUNDOS Y ESPEJO DE TACAÑOS (a).

### LIBRO PRIMERO <sup>(b)</sup>.

#### CAPITULO PRIMERO.

En que cuenta quién es y de dónde.

Yo, Señor, soy de Segovia, mi padre se llamó Cle-

(a) *Buscon* se llama al hombre que busca rateramente su vivir, y con malicioso artificio echa mano de sacaliñas, para estafar. Vió esta novela en Zaragoza la pública luz en julio de 1626, por Pedro Vérges y á costa de Roberto Dupont, mercader de libros, quien habia comprado al autor el manuscrito, y para imprimirlo por diez años obtenido privilegio del gobernador de Aragon don Juan Fernandez de Heredia (t).

Grande aplauso alcanzaba la obra, y vendiábase prodigiosamente los ejemplares, cuando contrahizo la edicion un librero de Madrid, Alonso Perez, padre del célebre doctor Perez de Montalban, codiciando sin desembolso tener su parte en la ganancia. Pero así él como la viuda de Alonso Martín, cuya imprenta sirvió de instrumento para el fraude, fueron perseguidos, condenados y multados por la sala de justicia del Supremo Consejo de Castilla, en 16 de mayo de 1627.

En este mismo año autorizó Dupont á Lorenzo Deu para dar á la estampa *El Buscon* en Barcelona.

Dos años más adelante, en marzo de 1629, siguiendo el ejemplo las prensas de Francia, hicieron en Ruan nueva publicacion.

Y en el de 1631, el impresor del reino de Navarra Carlos de Labáyen lo reprodujo en Pamplona, juntamente con lo demas que á la sazón se conocia de QUEVEDO.

Tuvo nuestro escritor la complacencia de ver traducida su novela al francés y al italiano; y aunque despiadadamente censurada por sus enemigos, puesta en opinton de muchos, al par de *Guzman de Alfarache*, y (exageracion apasionada) hombreando con *El Lazarillo de Tormes*, y aun con el ingenioso Caballero de la Mancha.

Largo (¿y cómo no?) pareció al vulgo el título del poema; pero mondándolo, reduciéndolo y cereenándolo, vino á dejarle tal,

(t) Desorientado por el *Manual del librero y bibliomano*, de Brunet, y no conociendo Ticknor esta edicion (*History of Spanish literature*), ni acordándose que existe en el Museo Británico, estima por primera la de Barcelona de 1627: perdió de vista que sus licencias, aprobaciones, prólogo y dedicatoria, siendo los del ejemplar de Zaragoza, dan cuenta segura, fija y clara de la publicacion primitiva, y que harto habla de ella el *Tribunal de la justa venganza*, páginas 37 y 41.

Puibusque (*Histoire comparée des littératures espagnole et française*, 1843) incurre en otra equivocacion, estampando en la página 549: «Además del gran Tacaño, ó digase *Historia de la vida del Buscon llamado don Pablos*, Valencia, 1627, escribió Quevedo la de otro ladron, con este epigrafe: *Historia de la vida del Buscon llamada Ruan*, 1629. La primera de estas dos novelas, del gusto picaresco, hace cabeza entre todos sus desenfadados burlescos y festivos.» Tal *buscon* llamado Ruan no ha existido nunca. Por una distraccion el ilustrado escritor francés baraja el nombre de la fábula con el lugar de la impresion de 1629.

menté Pablo, natural del mismo pueblo (Dios le tenga en el cielo). Fué tal, como todos dicen, de oficio barbero, aunque eran tan altos sus pensamientos, que se corria le llamasen así, diciendo que él era tundidor de

que hallarse no podia otro ni más propio ni más conciso: *La historia y vida del gran Tacaño*.

Esto de alterar, contra la intencion y propósito de sus autores, los epígrafes de las obras, no era nuevo entre nosotros: el de *Atalaya de la vida*, en *El pícaro Guzman de Alfarache* lo vió trasformado Mateo Aleman á poco de imprimir su libro, sin poderlo estorbar de modo alguno.

Las prensas no se atrevieron á tocar al de la fábula presente en vida del señor de Juan Abad. Pero ya muerto, y al reunir sus obras en prosa el mercader Pedro Coello, en 1648, formando un cuerpo con el título de *Enseñanza entretenida*, apareció de molde el rótulo de *Historia y vida del gran Tacaño*, consagrado por la voz popular, y desde entónces quedó vinculado en todos los ejemplares españoles y flamencos.

El vulgo, que lo formuló, se muestra en nuestros dias poco satisfecho de él, por parecerle impropio y violento. La razon es muy sencilla: olvida la primitiva y genuina acepcion de la voz *tacaño*, y ya la reduce á solo significar el hombre miserable, ruin y de ridículo y escaso ánimo.

*Tacaño* vale astuto, bellaco, pícaro, y que engaña con sus ardidés y embustes. Covarrubias atribuye solo tal acepcion á la palabra, y la etimologiza ya del griego *κακός* (*kakos*, malo), ya del hebreo *תכח* (*tacach*, *doctus*, *fraus*), por ser el *tacaño* engañoso y fraudulento. Para mí no tiene duda que esta es su verdadera raíz (n).

De aquel nombre habia usado ya por los años de 1517 el mantuanero Merlán Cocayo (Teófilo Folengo), bizarro ingenio y poeta bufon, refiriendo en la *Macaronea* vi nuevos ardidés y travesuras del astuto Cingar:

*Cingar id advertens non restat more Tacagnis.*

Y dice al márgen en las apostillas con que, bajo el seudónimo de maestro Acuario Lodola, salpicó su poema, que *Tacagnus fuit homo sceleratissimus omnium*.

En igual sentido, y mediado el propio siglo xvi, emplea la palabra, en los *Morales* de Plutarco, Diego Gracian de Alderete: «Caton cuenta que dijo á un viejo *tacaño* y *malvado*: Dime, hombre, ¿por qué á la vejez le añades la vergüenza y fealdad de las maldades?»

Finalmente gozaba todavía de su acepcion principal esta voz en el último siglo, cuando escribió Cañizares la comedia entremesada que lleva el mismo título de la presente fábula, y cuando la

(n) Tambien la buscó en el hebreo, pero en la voz *catan* (pequeño, ruin, apocado); el doctor Francisco del Rosal, médico, natural de Córdoba, en su *Origen y etimología de la lengua castellana*, libro dispuesto para la estampa desde 1601, que inédito existe en la biblioteca Nacional.

mejillas y sastre de barbas. Dicen que era de muy buena cepa, y según él (1) bebía, es cosa para creer. Estuvo casado con Aldonza Saturno de Rebollo, hija de Octavio de Rebollo Codillo, y nieta de Lérido Ziuraconte.

Sospechábase en el pueblo que no era cristiana vieja, aunque ella, por los nombres de sus pasados, esforzaba que descendía de los del triunvirato romano. Tuvo muy buen parecer, y fué tan celebrada, que en el tiempo que ella vivió (2) todos los copleros de España hacían cosas sobre ella. Padeció grandes trabajos recién casada, y aun después, porque malas lenguas daban en decir que mi padre metía el dos de bastos por sacar el as de oros. Probósele que á todos los que hacía la barba á navaja, mientras les daba con el agua, levantandoles la cara para el lavatorio, un mi hermano de siete años les sacaba muy á su salvo los tuétanos de las faldriqueras. Murió el angelico de unos azotes que le dieron en la cárcel. Sintiólo mucho mi padre, por ser tal, que robaba á todos las voluntades. Por estas y otras niñerías estuvo preso; aunque, según á mí me han dicho después, salió de la cárcel con tanta honra, que le acompañaron docientos cardenales, sino que á ninguno llamaban señoría. Las damas diz que salían por verle á las ventanas, que siempre pa-

Real Academia Española publicó su gran *Diccionario de la lengua*.

Equivale pues el epígrafe de *Vida del gran Tacaño*, á *Vida del famoso bellaco astuto y engañador*; y era conciso, y adecuado y significativo. No siendo, sin embargo, el que su autor puso á la obra, créeme sin la menor autoridad para conservarlo al frente de ella.

Es el *Buscon* de las que más justa popularidad dentro y fuera de España han merecido; tanto, que pasan de cuarenta las impresiones de que tengo noticia.

Hay una traducción italiana de Juan Pedro Franco; Venecia, 1634.

Otra francesa de monsieur de la Genest; Lyon y París, 1644.

Otra inglesa; Londres, 1654.

Otra deben los alemanes á Gerundo Zotes de Bertach, quien en 1780 aspiró á neutralizar con ella la influencia que á la sazón ejercían en la literatura los escritos de Young, Klopstock, Ossian y Goethe.

Por lo que toca á la presente publicación, réstame advertir que va el texto concordado á vista del rarísimo ejemplar de Zaragoza, 1626; fineza que debo á la gallardía del excelentísimo señor don Joaquín Gomez de la Cortina, marqués de Morante, que tanto culto rinde á las ciencias, y en cuya preciosa biblioteca se custodian dignamente los más peregrinos tesoros literarios. Las variantes llevan esta señal, Z.

R — las de la edición de Ruan, 1629.

P — las de Pamplona, 1631.

M — las de Madrid, 1648.

F — las de Bruselas, 1660.

Concluyamos copiando lo más interesante que se halla en los principios de las tres primeras impresiones:

«A don fray Juan Agustín de Funes, caballero de la sagrada religión de San Juan Bautista de Jerusalén, en la castellanía de Amposta, del reino de Aragón.

«Hallándome lleno de obligaciones al favor que siempre he recibido de vuesa merced, y siendo mi caudal limitado para pagarlais, me ha parecido, en señal de agradecimiento, dedicarles este libro, émulo de *Gusman de Alfarache*, y aun no sé si diga mayor, y tan agudo y gracioso como *Don Quijote*, aplauso general de todas las naciones. Y aunque vuesa merced merecía mayores asuntos por su generosa sangre, ingenio lucido (pues la crónica de la religión de San Juan es hijo suyo, á quien podemos decirle sin miedos *quatis pater talis filius*), porque tal vez suele divertirse el más cuerdo con los descuidos maliciosos de Marcial que con las sentencias de Séneca, le pongo en sus manos para que se recree con sus agudezas. Su autor dél es tan conocido, que lleva ganado de antemano deseos de verle; y cuando no lo fuera, con su protección de vuesa merced perdiera los recelos de atreverse en público. Y yo quedaré ufano consiguiendo el general

reció bien mi padre, á pié y á caballo. No lo digo por vanagloria, que bien saben todos cuán ajeno soy della. Mi madre pues no tuvo calamidades. Un día, alabándome una vieja que me crió, decía que era tal su agrado, que hechizaba á todos cuantos la trataban; solo diz que le dijo no sé qué de un cabron; lo cual la puso cerca de que la diesen plumas, con que lo hiciese en público. Hubo fama de que reedificaba doncellas, resucitaba cabellos, encubriendo canas. Unos la llamaban zurcidora de gustos, otros algebrista de voluntades desconcertadas, y por mal nombre alcagüeta y flux para los dineros de todos. Ver pues con la cara de risa que ella oía esto de todos, era para más atraerles sus voluntades. No me detendré en decir la penitencia (3) que hacía. Tenía su aposento, donde sola ella entraba (y algunas veces yo, que como (4) era chico podía), todo rodeado de calaveras, que ella decía eran para (5) memorias de la muerte; y otros, por vituperarla, (6) que para voluntades de la vida. Su cama estaba armada sobre sogas de ahorcado, y decíame á mí: ¿Qué piensas? Con el recuerdo desto aconsejo á los que bien quiero que para que se libren dellas vivan con la barba sobre hombro; de suerte que ni aun con mínimos indicios se les (7) averigüe lo que hicieren. Hubo gran-

gusto que con él han de tener todos. — Humilde criado de vuesa merced, Roberto Dupont.

#### AL LECTOR.

«¿Qué deseoso te considero, lector ó oidor, que los ciegos no pueden leer, de registrar lo gracioso de don Pablos, príncipe de la vida buscona! Aquí hallarás en todo género de picardía de que pienso que los más gustan, sutilezas, engaños, invenciones y modos nacidos del ocio para vivir á la droga; y no poco fruto podrás sacar dél si tienes atención al escarmiento. Y cuando no lo hagas, aprovechate de los sermones, que dudo nadie compre libro de burias para apartarse de los incentivos de su natural depravado. Sea empero lo que quisieres, dale aplauso, que bien lo merece; y cuando te rias de sus chistes, alaba el ingenio de quien sabe conocer que tiene más deleite saber vidas de picaros descritas con gallardía, que otras invenciones de mayor ponderación. Su autor ya le sabes, el precio del libro no le ignoras, pues ya le tienes en tu casa, si no es que en la del librero le hojeas, cosa pesada para él, y que se había de quitar con mucho rigor; que hay gorriones de libros como de almuerzos, y hombre que saca cuento leyendo á pedazos y en diversas veces, y luego la zuree: y es gran lástima que tal se haga, porque este murmura sin costarle dineros; poltronería bastarda y miseria no hallada del caballero de la Tenaza. Dios te guarde de mal libro, de alguaciles, y de mujer rubia, pediguña y carredonda.»

#### A DON FRANCISCO DE QUEVEDO

LUCIANO, SU AMIGO.

DON FRANCISCO, en igual peso

Veras y burias tratais,

Acertado aconsejáis,

Y á don Pablo haceis travieso.

Con la tenaza confieso

Que será Buscon de traza;

El llevarla no embaraza

Para su conservacion,

Que fuera espurio Buscon

Si anduviera sin tenaza.

(6) Echase de ménos tal epígrafe en las ediciones de Zaragoza, Ruan y Pamplona; y va comprendido en el título de la de Madrid, 1648 de este modo: *Libro primero de la historia y vida del gran Tacaño. Capítulo primero.* Etc.

- (1) se via, es cosa (Z. R. P.)
- (2) con todos los copleros (Id.)
- (3) áspera que (M. F.)
- (4) ehiquito (Id.)
- (5) recuerdos y memorias (Id.)
- (6) decían que (Id.)
- (7) averigüen lo (Z. R. P. y M.)

des diferencias entre mis padres sobre á quién había de imitar en el oficio; mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballero desde chiquito, nunca me apliqué ni á uno ni á otro. Decíame mi padre: «Hijo, esto de ser ladron, no es arte mecánica, sino liberal»; y de allí á un rato, habiendo suspirado, decía de manos: «Quien no hurta en el mundo, no vive. ¿Por qué piensas que los alguaciles y alcaldes nos aborrecen tanto? Unas veces nos destierran, otras nos azotan y otras nos cuelgan, aunque nunca haya llegado el día de nuestro santo? No lo puedo decir sin lágrimas!» (lloraba como un niño el buen viejo, (1) acordándose de las veces que le habían (2) bataneado las costillas) «porque no querrian que adonde están hubiese otros ladrones sino ellos y sus ministros; mas de todo nos libra la buena astucia. En (4) mi mocedad siempre andaba por las iglesias (y no (5) cierto de puro buen cristiano). Muchas veces me hubieran llevado (6) en el asno si hubiera cantado en el potro. Nunca confesé sino cuando lo manda la santa madre Iglesia; y así, con esto y mi oficio he sustentado á tu madre lo más honradamente que he podido.» «¿Cómo me habeis sustentado?» dijo ella con gran cólera (que le pesaba que yo no me aplicase á (7) brujo). «Yo he sustentado á vos y sacádoos de las cárceles con industria, y mantenido en ellas con dinero. Si no confesábades, ¿era por vuestro ánimo ó por las bebidas que os daba? Gracias á mis botes. Y si no temiera que me habian de oír en la calle, yo dijera lo de cuando entré por la (8) chimenea, y os saqué por el tejado.» Más dijera, según se había encolerizado, si con los golpes que daba no se le desensartara un rosario de muelas de difuntos, que tenía metidos en paz. (9) Yo les dije que quería aprender virtud, resueltamente, y ir con mis buenos pensamientos adelante; y así, que me pusiesen á la escuela, pues sin leer ni escribir no se podía hacer nada. Parecióles bien lo que yo decía, aunque lo gruñeron un rato entre los dos. Mi madre tornó á ocuparse en ensartar las muelas, y mi padre fué á repar á uno (así lo dijo él), no sé si la barba ó la bolsa: yo me quedé solo, dando gracias á Dios, que me hizo hijo de padres tan hábiles y celosos de mi bien.

#### CAPITULO II.

De cómo fui á la escuela y lo que en ella me sucedió.

A otro día ya estaba comprada cartilla y hablado al maestro. Fui, Señor, á la escuela; recibíome muy alegre, diciendo que tenía cara de hombre agudo y de buen entendimiento. Yo con esto, por no desmentirle, dí muy bien la lición aquella mañana. Sentábase el maestro junto á sí; ganaba la palmaría los más días por venir ántes, y íbame el postrero, por hacer algunos recaudos de señora (que así llamábamos á la mujer del maestro). Teníalos á todos con semejantes caricias obligados. Favorecíéronme demasiado, y con esto creció la (10) invidia entre los demás niños. Llegábase de todos á los hijos de

caballeros, y particularmente á un hijo de don Alonso Coronel de Zúñiga, con el cual juntaba meriendas. Íbame á su casa los días de fiesta, y acompañábale cada día. Los otros, ó que porque no les hablaba, ó que porque les parecía demasiado punto el mio, siempre andaban poniéndome nombres tocantes al oficio de mi padre. Unos me llamaban don Navaja, otros me llamaban don Ventosa; cuál decía, por (11) disculpar la envidia, que me quería mal porque mi madre le había chupado dos hermanitas pequeñas de noche. Otro decía que á mi padre le habian llevado á su casa para que la limpiase de ratones, por llamarle gato. Otros me decían zape cuando pasaba, y otros miz. Cual decía: «Yo le tiré dos (12) berengenas á su madre cuando fué obispa.» Al fin, con todo cuanto andaban royéndome los zancajos, nunca me faltaron, gloria á Dios. Y aunque yo me corria, disimulábalo, (13) todo lo sufría, hasta que un día un muchacho se atrevió á decirme á voces hijo de una puta y hechicera; lo cual, como lo dijo tan claro (que aun si lo dijera turbio no me pesara), agarré una piedra y escalabréle. Fuíme á mi madre corriendo, que me escondiese, y contéla (14) el caso todo; á lo cual me dijo: «Muy bien hiciste; bien muestras quién eres; solo anduviste errado en no preguntarle quien se lo dijo.» Cuando yo oí esto (como siempre tuve altos pensamientos), volvíme á ella, y dije: «¡Ah madre! pésame solo de que algunos de los que allí se hallaron me dijeron no tenía que ofenderme por ello, y no les pregunté si era por la poca edad del que lo había dicho.» Roguéle que me declarase si pudiera habelle desmentido con verdad, ó que me dijese si me había concebido á escote entre muchos, ó si era hijo de mi padre. Rióse, y dijo: «¡Ah noramaza! ¿Eso sabes decir? No serás bobo; gracias tienes; muy bien hicistes en quebrarle la cabeza; que esas cosas, aunque sean verdad, no se han de decir.» Yo con esto quedé como muerto, determinado de coger lo que pudiese en breves días, y salirme de casa mi padre: tanto pudo conmigo la vergüenza. Disimulé; fué mi padre, curó al muchacho, apaciguólo y volvíome á la escuela, adonde el maestro me recibió con ira, hasta que oyendo la causa de la riña, se le aplacó el enojo, considerando la razon que había tenido. En todo esto, siempre me visitaba el hijo de don Alonso de Zúñiga, que se llamaba don Diego, porque me quería bien naturalmente; que yo trocaba con él los peones (si eran mejores los míos). Dábale de lo que almorzaba, y no le (15) pedía de lo que él comía; comprábale estampas, enseñábale á luchar, jugaba con él al toro, y entreteníale siempre. Así que, los más días sus padres del caballero, viendo cuánto le regocijaba mi compañía, rogaban á los míos que me dejasen con él á comer, cenar y aun dormir los más días. Sucedió pues uno de los primeros que hubo escuela por navidad, que viniendo por la calle un hombre, que se llamaba Poncio de Aguirre (el cual tenía fama de consejero), que el don Diaguíto me dijo: «Hola, llámame Poncio (16) Pilato, y hé á correr.» Yo, por darle gus-

- (11) disculpar (R. M.)
- (12) berengenas (M. F.)
- (13) y todo (Id.)
- (14) todo el caso; (Id.)
- (15) pedía (F.)
- (16) Pilatos, y da á correr. (M. F.)

- (1) acordándose de (Z. R. P.)
- (2) ventaneado (R.)
- (3) mis mocedades (M. F.)
- (4) de puro cierto buen cristiano. (Z. R. P.)
- (5) caballero en el asno (M. F.)
- (6) bruja. (Z. R. P. F.)
- (7) cheminea, (R.) — chimenea, (F.)
- (8) Diciendo que yo quería aprender (Z. R. P.)
- (9) envidia (M.)

to á mi amigo, llaméle Poncio Pilátos. Corrióse tanto el hombre, que dió á correr tras mí con un cuchillo desnudo para matarme; de suerte que fué forzoso meterme huyendo en casa (1) de mi maestro. Dando gritos entró el hombre tras mí, y defendiéndome el maestro, (2) asegurando que no me matase, (3) prometiéndole de castigarme. Y así luego, aunque la señora le rogó por mí (movida de lo que la servía), no aprovechó: mandóme desatacar, y azotándome, decía tras cada azote: «¿Diréis más Poncio Pilátos?» Yo respondía: «No, señor;» y respondílo dos veces á otros tantos azotes que me dió. Quedé tan escarmentado de decir Poncio Pilato, y con tal miedo que, mandándome el día siguiente decir, como solía, las oraciones á los otros, llegando al Credo (advirta vuesa merced la inocente malicia), al tiempo de decir: «Padeció (4) so el poder de Poncio Pilato,» acordándome que no había de decir más Pilátos, dije: «Padeció (5) so el poder de Poncio de Aguirre.» Dióle al maestro tanta risa de oír mi simplicidad, y de ver el miedo que le había tenido, que me abrazó y me dió una firma, en que me perdonaba de azotes las dos primeras veces que los mereciese. Con esto fui yo muy contento. Llegó (por no enfadar) el tiempo de las Carnestolendas; y trazando el maestro de que se holgasen sus muchachos, ordenó que hubiese rey de gallos. Echamos (6) suerte entre doce señalados por él, y cúpome á mí. Avisé á mis padres que me buscasen galas. Llegó el día, y salí en un caballo ético y mustio, el cual, más de manco que de bien criado, iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola, el pescuezo de camello y más largo, la cara no tenía sino un ojo, aunque overo. Echábanse de ver las penitencias, ayunos y fulleras del que le tenía á cargo en el ganarle la ración. Yendo pues en él dando (7) vuelcos á un lado y otro, como fariseo en paso, y los demás niños todos (8) adrezados tras mí, pasamos por la plaza (aun de acordarme tengo miedo), y llegando cerca de las mesas de las (9) verduleras (Dios nos libre), agarró mi caballo un repollo á una, y ni fué visto ni oído, cuando lo despachó á las tripas, á las cuales, como iba rodando por el gazonate, (10) no llegó en mucho tiempo. La bercera (que siempre son desvergonzadas) empezó á dar voces. Llegáronse otras, y con ellas pícaros, y alzando (11) zahanorias garrofales, nabos frisonos, (12) berengenas y otras legumbres, empiezan á dar tras el pobre rey. Yo, viendo que era batalla nabal, y que no se había de hacer á caballo, quise apearme; mas tal golpe me le dieron al caballo en la cara, que yendo á empinarse, cayó conmigo (hablando con perdon) en una privada: púsemme cual vuesa merced puede imaginar. Ya mis muchachos se habían armado de piedras, y daban tras las (13) verdure-

- (1) del maestro. Entró el hombre dando gritos tras mí, (M. F.)  
 (2) estorbando que no me matase, (R.)  
 (3) asegurándole de castigarme. (Z. R. P.)  
 (4-5) sobre el poder (M.)  
 (6) suertes (Id.)  
 (7) vuelcos (Z. R. P.)—vuelcos (M. F.)—vuelcos (Las modernas.)  
 (8) adrezados (M. F.)  
 (9) verduleras (Id.)  
 (10) llegó en breve tiempo. (Id.)  
 (11) zahanorias (Id.)  
 (12) berengenas (Id.)  
 (13) verduleras, (Id.)

ras, y escalabraron dos. Yo á todo esto, despues que caí en la privada, era la persona más necesaria de la riña. Vino la justicia, prendió á berceras y muchachos, mirando á todos qué armas tenían, y quitándoselas, porque habían sacado algunas dagas de las que traían por gala, y otros espadas pequeñas. Llegó á mí; y viendo que no tenía ningunas, porque me las habían quitado, y metíolas en una casa á secar con la capa y sombrero; pidióme, como digo, las armas, al cual respondí, todo sucio, que si no eran ofensivas contra las narices, que yo no tenía otras. Y de paso quiero confesar á vuesa merced que cuando me empezaron á tirar las (14) berengenas, nabos, etc., que, como llevaba plumas en el sombrero, entendí que me habían tenido por mi madre, y que la tiraban, como habían hecho otras veces; y así, como necio y muchacho, empecé á decir: «Hermanas, aunque llevo plumas, no soy Aldonza (15) Saturno de Rebollo, mi madre; como si ellas no (16) lo echaran de ver por el talle y rostro. El miedo me disculpa la ignorancia y el sucederme la desgracia tan de repente. Pero volviendo al alguacil, quiso llevarme á la cárcel, y no me llevó porque no hallaba por dónde asirme (tal me había puesto del lodo). Unos se fueron por una parte, y otros por otra, y yo me vine á mi casa desde la plaza, martirizando cuantas narices topaba en el camino. Entré en ella, conté á mis padres el suceso, y corrieronse tanto de verme de la manera que venía, que me quisieron maltratar. Yo echaba la culpa á las dos leguas de rocin exprimido que me dieron. Procuraba satisfacerlos; y viendo que no bastaba, salíme de su casa, y fuíme á ver á mi amigo don Diego, al cual hallé en la suya descalabrado, y á sus padres resueltos por ello de no le (17) enviar más á la escuela. Allí tuve nuevas de cómo mi rocin, viéndose en aprieto, se esforzó á tirar dos coces, y de puro flaco se desgajaron las ancas, y se quedó en el lodo, bien cerca de acabar. Viéndome pues con una fiesta revuelta, un pueblo escandalizado, los padres corridos, mi amigo descalabrado, y el caballo muerto, determiné de no volver más á la escuela ni á casa de mis padres, sino de quedarme á servir á don Diego, ó por (18) decir mejor, en su compañía, y esto con gran gusto de sus padres, por el que daba mi amistad al niño. Escribí á mi casa que yo no había menester ir más á la escuela, porque aunque no sabía bien escribir, para mi intento de ser caballero lo que se requería era escribir mal; y así, desde luego renunciaba la escuela por no darles gasto, y su casa para aborrazarlos de pesadumbre. Avisé de dónde y cómo quedaba, y que hasta que me diesen licencia no los vería.

## CAPITULO III.

De cómo fui á un pupilaje por criado de don Diego Coronel.

Determinó pues don Alonso de poner á su hijo en pupilaje: lo uno por apartarle de su regalo, y lo otro por ahorrar de cuidado. Supo que había en Segovia un licenciado Cabra, que tenía por oficio (19) de criar hi-

- (14) berengenas, (M. F.)  
 (15) Saturna (Z. R. P.)  
 (16) le (Id.)  
 (17) enviar (M. F.)  
 (18) mejor decir, (Id.)  
 (19) criar (Id.)

jos de caballeros, y envió allá el suyo, y á mí para que le acompañase y sirviese (a). Entramos primer domingo despues de Cuaresma en poder de la hambre viva, porque tal laceria no admite encarecimiento. Él era un clérigo cerbatana, largo solo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo. No hay más que decir para quien (1) sabe el refran que dice, ni gato ni perro de aquella color. Los ojos (2) avecinados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos; tan humdidos y oscuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; la nariz entre Roma y Francia, porque se le había comido de unas (3) buas de resfriado; que aun no fuéron de vicio, porque cuestan dinero; las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecía que amenazaba á comérselas; los dientes le faltaban no sé cuántos, y pienso que por (4) holgazanos y vagamundos se los habían desterrado; el gazonate largo como avestruz, con una nuez tan salida, que parecía se iba á buscar de comer, forzada de la necesidad; los brazos secos; las manos como un manajo de sarmientos cada una. Mirado de media abajo, parecía tenedor, ó compas con dos piernas largas y flacas; su andar muy (5) de espacio; si se descomponía (6) algo, se sonaban los huesos como tablillas de san Lázaro (b); la habla ética; la barba grande, (7) por nunca se la cortaba, por no gastar; y él decía que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese; cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traía un bonete los días de sol, ratonado con mil gateras, y guarniciones de grasa; era de cosa que fué paño, con los fondos de caspa. La sotana, segun decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión; desde cerca parecía negra, y desde lejos entre azul; llevábala sin (8) ceñidor; no traía cuello ni puños; parecía, con los cabellos largos (9) y la sotana misera y corta, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podía ser tumba de un filisteo. Pues ¿su aposento? Aun arañas no había en él: conjuraba los ratones, de miedo

(a) No es un personaje fantástico: existió realmente. Llamábase don Antonio Cabreriza. Así aparece de carta de Adán de la Parra á QUEVEDO, escrita en 1639: «Amigo DON FRANCISCO: ya me tenéis en Segovia, patria de vuestro Buscon y del frío; pues le hace tal, que se me helaron las palabras al saludar á doña Lorenza, á pesar del fuego con que me arrimé á ella. Decirte, Busconcillo, cuánto me rei al visitar al domine Cabreriza, sería largo; porque recordando tu Buscon no pude hablar de risa á don Antonio en mucho tiempo. Bien lo retrataste; pero ahora es infiel vuestra pintura por estar el pobrete mucho peor y tan vecino á la muerte, que da lástima. No puede llevar en calma tu nombre desde que le dijeron que él era el domine de tu historia; y me dijo que fueras más caballero sin ser ingrato.»

(b) Ya el pobre Cabreriza ni tiene discípulos ni dice misa; es un esqueleto que se mantiene con los ahorros de sus buenos tiempos. (Copia moderna que posee el anticuario de la biblioteca Nacional.)

- (1) se ve el refran (Z. P.)  
 (2) avecinados (M. F.)  
 (3) bubas (R. F.)  
 (4) holgazanes (Id.)  
 (5) espacio (Z. R.)  
 (6) sonaban (M. F.)  
 (7) Los lazarinos pedían limosna haciendo ruido con unas tablillas ó tejuelas.  
 (8) que nunca se la cortaba, por no gastar; (M. F.)  
 (9) ceñidor (Id.)  
 (10) la sotana misera y corta y lacayuelo (M.)

que no le royesen algunos mendrugos que guardaba; la cama tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado, por no gastar las sábanas; al fin, era archipobre y protomisera. A poder pues deste vine, y en su poder estuve con don Diego; y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento y nos hizo una plática corta, que por no gastar tiempo no duró más. Dijonos lo que habíamos de hacer: estuvimos ocupados en esto hasta la hora del comer; fuimos allá: comían los amos primero, y servíamos los criados. El refitorio era un aposento como un medio celemin; sustentábanse á una mesa hasta cinco caballeros. Yo miré lo primero por los gatos; y como no los vi, pregunté que cómo no los había á un criado antiguo, el cual, de flaco, estaba ya con la marca del pupilaje. Comenzó á enternecerse, y dijo: «¿Cómo gatos? Pues ¿quién os ha dicho á vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo. Yo con esto me comencé á afligir, y más (10) me asusté cuando advertí que todos los que (11) de antes vivían en el pupilaje estaban como (12) leznas, con unas caras que parecían se afeitaban con diaquilon. Sentóse el licenciado Cabra y echó la bendición: comieron una comida eterna, sin principio ni fin; trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una dellas peligraba Narciso más que en la fuente. Noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban á nado tras un garbanzo huérfano y solo que estaba en el suelo. Decía Cabra á cada sorbo: «Cierto que no hay tal cosa como la olla, digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula.» Acabando de decirlo, echóse su escudilla á (13) pechos, diciendo: «Todo esto es salud y otro tanto ingenio.» ¡Mal ingenio te acabe! decía yo entre mí, cuando vi un mozo medio espíritu, y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecía la había quitado de sí mismo. Venía un nabo aventurero á vueltas, y dijo el maestro: «¿Nabos hay? No hay para mí perdz que se (14) le iguale: coman; que me huelgo de vellos comer.» Repartió á cada uno tan poco carnero, que en lo que se les pegó á las uñas y se les quedó entre los dientes pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes. Cabra los miraba, y decía: «Coman; que mozos son, y me huelgo de ver sus buenas ganas.» (Mire vuesa merced qué buen aliño para los que bostezaban de hambre.) Acabaron de comer, y quedaron unos mendrugos en la mesa, y en el plato unos (15) pellejos y unos huesos; y dijo el pupilero: «Quede esto para los criados; que también han de comer: no lo queramos todo.» «¡Mal te haga Dios y lo que has comido, lacerado, decía yo; que tal amenaza has hecho á mis tripas!» Echó la bendición, y dijo: «Ea, demos lugar á los criados, y váyanse hasta las dos á hacer ejercicio; no les haga mal lo que han comido.» Entónces yo no pude tener la risa, abriendo toda la boca. Enojóse mucho, y dijome que aprendiese modestia, y tres ó cuatro sentencias viejas, y fuéese. Sentámonos nosotros; y yo, que vi el negocio mal pa-

- (10) me susté (Z. R. P.)  
 (11) antes (M. F.)  
 (12) leznas (Todos los impresos antiguos.)  
 (13) pedos (Z. R. P.)  
 (14) lo iguale, coma, (M.)  
 (15) pelejos (Z. R. P.)

rado, y que mis tripas pedían justicia, como más cano y más fuerte que los otros, arremetí al plato, como arremetieron todos, y emboquéme de tres mendrugos los dos y el un pellejo. Comenzaron los otros á gruñir: (1) al ruido entró Cabra, diciendo: «Coman como hermanos, pues Dios les da con qué; no riñan, que para todos hay.» Volvióse al sol, y dejónos solos. Certifico á vuesa merced que había uno dellos que se llamaba Surre, vizeaño, tan olvidado ya de cómo y por dónde se comía, que una cortecilla que le cupo la llevó dos veces á los ojos, y (2) de tres no la acertaba á encaminar de las manos á la boca. Y pedí yo de beber (que los otros por estar casi ayunos no lo hacían), y diéronme un vaso con agua; y no le hube bien llegado á la boca, cuando, como si fuera lavatorio de comunión, me le quitó el mozo (3) espiritado que dije. Levantéme con grande dolor de mi ánima, viendo que estaba en casa donde se brindaba á las tripas, y no hacían la razón. Dióme gana de descomer (aunque no había comido), digo, de proveerme, y pregunté por las necesarias á un antiguo, y díjome: «No lo sé; en esta casa no las hay: para una vez que os proveeréis mientras aquí estuviéredes, donde (4) quiera podeis; que aquí estoy dos meses há, y no he hecho tal cosa sino el día que entré, como vos (5) agora, de lo que cené en mi casa la noche ántes.» ¿Cómo encareceré yo mi tristeza y pena? Fué tanta, que considerando lo poco que había de entrar en mi cuerpo, no osé (aunque tenía gana) echar nada dél. Entretuvimónos hasta la noche. Decíame don Diego que qué haría él para persuadir á las tripas que habían comido, porque no lo querían creer. Andaban vaguidos en aquella casa, como en otra ahitos. Llegó la hora (6) del cenar; pasóse la merienda en blanco: cenamos mucho ménos, y no carnero, sino un poco del nombre del maestro, cabra asada. Mire vuesa merced si inventara el diablo tal cosa. (7) «Es cosa muy saludable y provechosa, decía, cenar poco para tener el estómago desocupado;» y citaba una (8) retahila de médicos infernales. Decía alabanzas de la dieta, y que ahorra un hombre sueños pesados; sabiendo que en su casa no se podía soñar otra cosa sino que comían. Cenaron, y cenamos todos, y no cenó ninguno. Fuimónos á acostar, y en toda la noche yo ni don Diego pudimos dormir; él trazando de quejarse á su padre y pedir que le sacase de allí, y yo aconsejándole que lo hiciese; (9) aunque últimamente le dije: «Señor, ¿sabeis de cierto si estamos vivos? Porque yo imagino que en la pendencia de las bercezas nos mataron, y que somos ánimas que estamos en el purgatorio; y así, es por demas decir que nos saque vuestro padre si alguno no nos reza en alguna cuenta de perdones, y nos saca de penas con alguna misa en altar privilegiado.»

Entre estas pláticas y un poco que dormimos se llegó la hora del levantar: dieron las seis, y llamó Cabra á lición: fuimos, y oímosla todos. Ya mis espaldas y ijadas

- (1) entró Cabra al ruido, (M.)
- (2) entre tres (Z. R. P.)
- (3) espiritado (Id.)
- (4) quiere (Id.)
- (5) ahora, (M. F.)
- (6) de cenar; (Id.)
- (7) Decía: «es muy saludable y provechoso el cenar poco, (Id.)»
- (8) receta, y la de médicos (R.)
- (9) y últimamente (M. F.)

nadaban en el jubon, y las piernas daban lugar á otras siete calzas; los dientes sacaba con tobas amarillos, vestidos de desesperación. Mandáronme leer el primer nominativo á los otros, y era de manera mi hambre, que me desayuné con la mitad de las razones, comiéndome las. Y todo esto creará quien supiere lo que me contó el mozo de Cabra, diciendo que él ha visto meter en casa, recién venido, dos frisonas, y que á dos días salieron caballos ligeros, que volaban por los aires; y que vió meter mastines pesados, y á tres horas salir galgos corredores; y que una cuaresma topó muchos hombres, unos metiendo los piés, otros las manos, y otros todo el cuerpo, en el portal de su casa (esto por muy gran rato), y mucha gente (10) que venía á solo aquello de fuera; y preguntando un día (11) que qué sería, porque Cabra se enojó de que se lo preguntase, respondió que los unos tenían sarna, y los otros sabañones, y que en metiéndolos en aquella casa morían de hambre; de manera que no comían de allí adelante. Certifico que era verdad. Yo, que conocí la casa, lo creo: dígoles porque no parezca encarecimiento lo que dije. Y volviendo á la lición, dióla, y decorámosla, y proseguí siempre en aquel modo de vivir que he contado. Solo añadió á la comida tocino en la olla, por no sé qué que le dijeron un día de hidalguía allá fuera; y así, tenía una (12) caja de hierro, toda agujerada como salvadera; abríala, y metía un pedazo de tocino en ella, que la llenase, y tornábala á cerrar, y metíala colgando de un cordel en la olla, para que la diese algun zumo por los agujeros, y quedase para otro día el tocino. Parecióle despues que en esto se gastaba mucho, y dió en (13) solo asomar el tocino en la olla. Pasábamolo con estas cosas como se puede imaginar. Don Diego y yo nos vimos tan al cabo, que ya que para comer no hallábamlos remedio, pasado un mes le buseamos para no levantarnos de mañana; y así, trazábamlos de decir que teníamos algun mal; pero no dijimos calentura, porque no la teniendo, era fácil de conocer el enredo; dolor de cabeza ó muelas era poco estorbo: dijimos al fin que nos dolían las tripas, y estábamos malos de achaque de no haber hecho de nuestras personas en tres días, fiados en que á trueque de no gastar dos cuartos no buscaría remedio. Ordenó el diablo de otra suerte, porque tenía una receta que había heredado de su padre, que fué boticario. Supo el mal, y aderezó una melecina; y llamando una vieja de setenta años, tia suya, que le servía de enfermera, dijo que nos echase sendas gaitas. Empezaron por don Diego: el desventurado atajóse, y la vieja, en vez de echársela dentro, disparóse la por entre la camisa y (14) el espinazo, y dióle con ella en el cogote, y vino á servir por defuera guarnición la que dentro había de ser aforro. Quedó el mozo dando gritos: vino Cabra, y viéndolo, dijo que me echasen á mí la otra; que luego (15) tornarian á don Diego. Yo me vestía; pero (16) me valió poco, porque teniéndome Cabra y otros, me la echó la vieja, á la cual de retorno dí con ella en toda la cara. Enojóse Cabra conmigo, y dijo que él me echaría de

- (10) venía (M. F.)
- (11) qué sería (Id.)
- (12) caja (Z. R. P. M.)
- (13) asomar (M. F.)
- (14) espinazo (Id.)
- (15) tornaria (Id.)
- (16) valióme (Id.)

su casa; que bien se echaba de ver que era (1) bellaquería todo; mas no lo quiso mi ventura. Quejámonos (2) nosotros á don Alonso, y el Cabra le hacia creer que lo hacíamos por no asistir al estudio. Con esto no nos valian plegarias. Metió en casa la vieja por ama, para que guisase, y sirviese á los pupilos, y despidió al criado, porque le halló el viérnes (3) á la mañana con unas migajas de pan en la ropilla. Lo que pasamos con la vieja Dios lo sabe: era tan sorda, que no oía nada; entendía por señas; ciega, y tan grau rezadera, que un día se le desensartó el rosario sobre la olla, y nos la trujo con el caldo más devoto que jamás comí. Unos decían: «¿Garbanzos negros? Sin duda son de Etiopía.» Otros decían: «¿Garbanzos con luto? ¿Quién se les habrá muerto?» Mi amo fué el que se encajó una cuenta, y al mascarla se quebró un diente. Los viérnes nos solía enviar unos huevos, á fuerza de pelos y canas suyas, que podían pretender corregimiento ó abogacía. Pues meter el badil por el cucharón, (4) enviar una escudilla de caldo empedrada, era ordinario. Mil veces topé yo sabandijas, palos, y estopa de la que hilaba, en la olla; y todo lo metía para que hiciese presencia en las tripas y abultase. Pasamos este trabajo hasta la cuaresma que vino, y á la entrada della estuvo malo un compañero. Cabra, por no gastar, detuvo el llamar (5) médico, hasta que ya él pedía confesión más que otra cosa. Llamé entónces un platicante, el cual le tomó el pulso, y dijo que la hambre le había ganado por la mano en matar aquel hombre. Diéronle el Sacramento, y el pobre cuando lo vió (que había un día que no hablaba) dijo: «Señor mio Jesucristo, necesario ha sido el veros entrar en esta casa para persuadirme que no es el infierno.» Imprimiéronse estas razones en el corazón: murió el pobre mozo, enterrámosle muy pobremente, por ser forastero, y quedamos todos asombrados. Divulgóse por el pueblo el caso atroz; llegó á oídos de don Alonso Coronel; y como no tenía otro hijo, desengaño de las crueldades de Cabra, y comenzó á dar más crédito á las razones de dos sombras, que ya estábamos reducidos á tan miserable estado. Vino á sacarnos del pupilaje, y teniéndonos delante, nos preguntaba por nosotros; y tales nos vió, que sin aguardar (6) á más, trató muy mal de palabras al licenciado Vigilia. (7) Nos mandó llevar en dos sillas á casa: (8) despedimónos de los compañeros, que nos seguían con los deseos y con los ojos, haciendo las lástimas que hace el que queda en Argel viendo venir rescatados sus compañeros.

## CAPITULO IV.

De la convalecencia y ida á estudiar á Alcalá de Henáres.

Entramos en casa de don Alonso, y echáronnos en dos camas con mucho tiento, porque no se nos (9) desparmasen los huesos de puro roídos del hambre. Trujeron exploradores que nos buscasen los ojos por toda la ca-

- (1) todo bellaquería, (M. F.)
- (2) á don Alonso, (Id.)
- (3) de mañana (Id.)
- (4) enviar (Id.)
- (5) el médico, hasta que ya él pedía (Id.)
- (6) más (Id.)
- (7) Mandónos (Id.)
- (8) despedimónos. (Z. R. P.)
- (9) desparmasen (La edición de Bruselas y todas las siguientes.)

ra, y á mí, como había sido mi trabajo mayor, y la hambre imperial (al fin me trataban como á criado), en buen rato no me los hallaron. Trajeron médicos, y mandaron que nos limpiasen con (10) zorras el polvo de los bocas, como á retablos; y bien lo éramos de duelos. Ordenaron que nos diesen sustancias y pistos. ¿Quién podrá contar á la primera almendrada y á la primera ave las luminarias que pusieron las tripas de contento? Todo les hacia novedad. Mandaron los (11) doctores que por nueve días no hablase nadie recio en nuestro aposento, porque, como estaban huecos los estómagos, sonaba en ellos el eco de cualquier palabra. Con estas y otras prevenciones comenzamos á volver y cobrar algun aliento; pero nunca podían las quijadas desdoblarse, que estaban negras y alforzadas; y así, se dió orden que cada día nos las ahormasen con la mano de un almirez. Levantámonos á hacer pinicos dentro de cuatro días, y aun parecíamos sombras de otros hombres, y en lo amarillo y flaco, simiente de los padres (12) del hiermo. Todo el día gastábamlos en dar gracias á Dios por habernos rescatado de la (13) captividad del fierísimo Cabra, y rogábamlos al Señor que ningún cristiano cayese en sus (14) manos crueles. Si acaso comiendo alguna vez nos acordábamlos de las mesas del mal pupilero, se nos aumentaba el hambre tanto, que acrecentábamlos la costa aquel día. Soliamos contar á don Alonso cómo al sentarse á la mesa nos decía males de la gula (no habiéndola él conocido en su vida), y reñase mucho cuando le contábamlos que en el mandamiento de *No matarás* metía perdices y capones y todas las cosas que no quería darnos; y por el consiguiente la hambre, pues parecía que tenía por pecado, no solo el matarla, sino el criarla, segun recataba el comer. Pasáronsenos tres meses en esto, y al cabo trató don Alonso de (15) enviar á su hijo á Alcalá á estudiar lo que le faltaba de la gramática. Díjome á mí si quería ir, y yo, que no deseaba otra cosa sino salir de tierra donde se oyese el nombre de aquel malvado perseguidor de estómagos, ofrecí de servir á su hijo, como yeria. Y con esto dióme un criado para mayordomo que le gobernase la casa y le tuviese cuenta del dinero del gasto, que nos daba remitido en cédulas para un hombre que se llamaba Julian Merluza. Pusimos el hato en el (16) carro de un Diego Monje: era una media camita, y otra de cordeles con ruedas, para metella debajo de la otra mia y del mayordomo, que se llamaba Aranda; cinco colchones y ocho sábanas, ocho almohadas, cuatro tapices, un cofre con ropa blanca y las demas zarandajas de casa. Nosotros nos metimos en un coche, salimos á la tarde ántes de anochecer una hora, y llegamos á la media noche á la siempre maldita venta de Viveros (a). El ventero era morisco y la-

- (10) zorras (La de Sancho.)
  - (11) doctores (M.)
  - (12) del yermo (M. F.)—de hiermo. (R.)
  - (13) cautividad (M. F.)
  - (14) crueles manos. (Id.)
  - (15) enviar (Id.)
  - (16) carro, y de un Diego Monje era una media (Z. R. P.)—... era media (M.)
- (a) De ella canta Alarcon en la comedia de *Las Paredes oyen*:

Venta de Viveros,  
dichoso sitio  
si el ventero es cristiano  
y es moro el vino!